

MANUAL DE ARQUEOLOGIA COLOMBIANA

Lucía Rojas de Perdomo. Carlos Valencia Editores

El Manual de Arqueología Colombiana, editado por vez primera en 1980 y recientemente reeditado, podría haberse constituido en un texto valioso para los escolares del país hace unos treinta años. Desde entonces es mucho lo que se ha avanzado en la investigación arqueológica y en la conceptualización misma de la prehistoria. Inexplicablemente el libro, que por su título mismo expresa la pretensión de una globalidad, no registra la mayoría de estos avances.

Dejando de lado la excelente impresión que caracteriza a Carlos Valencia Editores, hay que reconocer que por no aportar nada nuevo, ni la estructura ni el contenido del Manual pueden prestarse a una crítica científica. Sin embargo, la concepción misma y muchas de las afirmaciones en él contenidas son tan profundamente equívocas que sería imposible pasarlas por alto.

Lo primero que salta a la vista es la ausencia de unidad en el tratamiento de los temas; esta unidad que normalmente resultaría de la aplicación del análisis del autor a todos los datos, se anuncia en la introducción como una "reelaboración personal" y luego aparece solo fugazmente en uno que otro párrafo.

El primer capítulo calca, casi al carbón, los bien conocidos planteamientos de G. Reichel-Dolmatoff; donde se habla sobre San Agustín se tiene la impresión de estar leyendo directamente a L. Duque Gómez y en todo caso se le lee textualmente en el capítulo sobre el área Quimbaya, pues allí la autora transcribió nueve páginas seguidas del texto de Duque sin reelaborar en absoluto los datos. Otros capítulos, como el relativo al Cauca, son meras transcripciones de datos sin análisis ni elaboración de ninguna clase.

Lo más grave, es sin embargo, que faltan tantas y tan importantes referencias en todos los capítulos que por ello se omite mencionar asuntos que constituyen para cualquier arqueólogo actualizado el pan de cada día. Cada área arqueológica se describe sin atender a su desarrollo interno;

como un todo acabado que siempre hubiera existido tal y como lo encontraron los españoles en el Siglo XVI. Se omite mencionar la secuencia interna del área Calima y se describe una supuesta "Cultura Calima", cuando en realidad en esta región florecieron tres diferentes culturas. De la misma manera se desconocen las secuencias de San Agustín, Tierradentro, Nariño, Sinú, San Jorge y Tairona y se omite igualmente cualquier mención al período Herrera del altiplano cundiboyacense.

La doctora de Perdomo pasa por especialista en el área Muisca y habiendo elaborado su tesis de grado sobre dicho tema, cabría esperar que ese capítulo específico sobresaliese en el Manual. En realidad sobre los Muisca la autora sí expresa algunas ideas novedosas y definitivamente de su propia cosecha; no obstante, éstas presentan nuevas dificultades. Sobre la ausencia de los monumentos de piedra y las grandes ciudades la autora opina:

"Es necesario tener en cuenta que, dada la mentalidad mercantil de estos aborígenes, sus energías se dirigían más hacia las actividades que no demandaran mayor esfuerzo físico y mental. Quizá su misma economía o sus principios filosóficos les hacían innecesarias tales producciones materiales".

Lo cual equivale simple y llanamente a afirmar que entre los Muisca cundía la pereza tanto física como mental. Es difícil aceptar semejante explicación para una sociedad compleja y extensa que desarrolló más que cualquiera otra del territorio colombiano el intercambio, la especialización y la circulación de productos.

Aún más grave resulta el hecho de que la autora extrapole su explicación y arguya que estas mismas razones (pereza física y mental) son las que hoy ocasionan el "estancamiento" del "cam-

pesinado proletario" (sic). Son los escolares que consultan el Manual en busca de datos para sus tareas los que reciben directamente esta pobre visión de sus antepasados y de su sociedad.

Por otro lado, aun cuando es bien cierto que en muchos libros de arqueología falta un toque personal, que sería deseable, también es cierto que cuando se busca darlo se debe evitar, a toda costa, incursionar en la novela. La parte final del capítulo sobre el área Tairona se convierte en una narración de las aventuras de la autora en la Sierra Nevada, que resulta del todo fuera de lugar en un

Manual de Arqueología y que además carece de todo buen gusto.

Solo la ausencia de una educación crítica en arqueología entre el público puede explicar la relativa acogida que el Manual ha recibido. Por otro lado, el absoluto desconocimiento que entre los arqueólogos profesionales tiene el Manual (consúltese la lista de referencias bibliográficas de cualquier publicación de los últimos cinco años) también es elocuente.

ROBERTO LLERAS



TUMACO